

Ay, Dios, mamá se ha vuelto loca.

No loca normal, como se vuelve ella. Loca, loca.

Mamá, loca normal: dice «¡Vamos a hacer una dieta sin gluten genial que he visto en el *Daily Mail!*» y va y compra tres hogazas de pan sin gluten. Es tan repulsivo que ponemos cara de asco. Toda la familia se pone en huelga y mamá esconde su sándwich en la jardinera y a la semana siguiente se acabó la dieta sin gluten.

Así es mamá de loca normal. Pero esta vez se ha vuelto loca de verdad.

Está delante de la ventana de su dormitorio, que da a Rosewood Close, la calle donde vivimos. No, «delante» suena demasiado normal. Y mamá no tiene una pinta normal. Está inclinada sobre el alféizar, con mirada de loca, sujetando el ordenador de mi hermano Frank, que se sostiene a duras penas sobre el poyete de la ventana. En cualquier momento se estrellará contra el suelo. Y es un ordenador que cuesta setecientas libras.

¿Se da cuenta mi madre de esto? Siempre anda diciendo que *nosotros* no entendemos el valor del dinero. Se pasa la vida diciéndonos cosas como: «¿Tenéis idea del esfuerzo que cuesta ganar diez libras?» o «No derrocharíais tanta electricidad si tuvierais que pagarla vosotros».

Bueno, ¿y qué hay de ganar setecientas libras y luego estrellarlas a propósito contra el suelo?

Ahí abajo, en el jardín delantero, Frank se pasea de un lado a otro con su camiseta de *The Big Bang Theory*, echándose las manos a la cabeza y farfullando de angustia.

—Mamá. —Tiene tanto miedo que le sale un gallito—. Mamá, ese es mi *ordenador*.

—¡Ya sé que es tu ordenador! —grita mamá, histérica—. ¿Te crees que no lo sé?

—Mamá, por favor, ¿podemos hablar?

—¡Ya he intentado hablar! —replica ella—. He intento persuadirte, discutir, suplicar, argumentar, chantajearte... ¡Lo he intentado todo! ¡TODO, Frank!

—Pero ¡yo necesito mi ordenador!

—¡Tú no necesitas tu ordenador! —vocifera mamá con tanta furia que doy un brinco.

—¡Mami va a *tirar el ordenador*! —exclama Félix, que ha salido corriendo al jardín y mira hacia arriba con pasmada alegría.

Félix es nuestro hermano pequeño. Tiene cuatro años y afronta casi todos los acontecimientos de la vida con pasmada alegría. ¡Un camión en la calle! ¡Kétchup! ¡Una patata extralarga! El hecho de que mamá vaya a tirar un ordenador por la ventana es uno más de su larga lista de milagros cotidianos.

—Sí, y el ordenador se va a romper —responde Frank con fiereza—. Y tú no podrás volver a jugar a Star Wars nunca más en la vida.

Félix empieza a hacer pucheros angustiado y mamá da un respingo con renovada ira.

—¡Frank! —chilla—. ¡No hagas llorar a tu hermano!

Nuestros vecinos de enfrente, los McDuggan, han salido a mirar. Ollie, su hijo de doce años, grita: «¡Noooo!» al ver lo que está a punto de hacer mamá.

—¡Señora Turner! —Cruza corriendo la calle hasta nuestro jardín y mira a mamá con expresión suplicante, al lado de Frank.

A veces juega a Land of Conquerors en línea con Frank, si Frank está de buenas y no tiene a nadie más con quien jugar. Ahora Ollie parece aún más asustado que Frank.

—Por favor, no rompa el ordenador, señora Turner —pide temblando—. Tiene grabados todos los comentarios de juego de Frank. Y son tan divertidos... —Se vuelve hacia Frank—. Son superdivertidos.

—Gracias —masculla mi hermano.

—Tu mamá es como... —Ollie parpadea con nerviosismo—. Es como una Diosa Guerrera Mejorada de Nivel Siete.

—¿Que soy qué? —pregunta mamá.

—Es un *cumplido* —le espeta Frank poniendo los ojos en blanco—. Lo sabrías si jugaras. Pero es Nivel Ocho —corrige a Ollie.

—Eso —se apresura a decir Ollie—. Ocho.

—¡Ni siquiera puedes comunicarte como una persona normal! —grita mamá—. ¡La vida no es una serie de niveles!

—Mamá, por favor —suplica Frank—. Haré lo que sea. Me ocuparé del lavaplatos. Llamaré a la abuela todas las noches. Iré... —Piensa a toda velocidad—. Iré a leer en voz alta a personas sordas.

¿Leer en voz alta a personas sordas? ¿De verdad se está oyendo a sí mismo?

—¿A personas sordas? —estalla mamá—. ¿A personas sordas? ¡No necesito que leas a personas sordas! ¡El único sordo que hay aquí eres tú! Nunca oyes nada de lo que te digo. Siempre tienes esos malditos auriculares puestos.

—¡Anne!

Me vuelvo y veo que papá se ha metido en la refriega y que un par de vecinos más han salido a sus puertas. Esto se ha convertido oficialmente en un Suceso Vecinal.

—¡Anne! —grita papá otra vez.

—Déjame, Chris —dice ella en tono de advertencia, y veo que mi padre traga saliva.

Papá es alto y guapo, como de anuncio, y *parece* que es él quien manda en casa, pero en el fondo no tiene nada de macho alfa.

Bueno, no, eso ha sonado fatal. Supongo que en muchos aspectos sí es un macho alfa. Solo que mamá es *aún más alfa*. Es fuerte y mandona, y guapa, y mandona.

Lo de mandona lo he dicho dos veces, ¿no?

Pues sacad vuestras propias conclusiones.

—Sé que estás enfadada, cariño —insiste papá en tono conciliador—. Pero ¿no te parece que estás exagerando un poco?

—¿Exagerando, yo? ¡Él sí que exagera! ¡Es un adicto, Chris!

—¡Yo no soy un adicto! —protesta Frank.

—Yo solo digo que...

—¿Qué? —Mamá vuelve por fin la cabeza para mirar a papá—. ¿Qué dices?

—Que, si lo tiras ahí, vas a abollar el coche. —Papá hace una mueca—. ¿Podrías moverte un pelín a la izquierda?

—¡Me importa un bledo el coche! ¡Si hago esto es porque le quiero, para que aprenda!

Inclina aún más el ordenador sobre el alféizar de la ventana y todos contenemos la respiración, incluidos los vecinos.

—¿Porque me quieres? —le grita Frank—. ¡Si me quisieras no me romperías el ordenador!

—¡Pues si tú me quisieras a mí, Frank, no te levantarías a las dos de la mañana a mis espaldas para jugar en línea con un coreano!

—¿Te has levantado a las dos de la mañana? —le pregunta Ollie a Frank con los ojos como platos.

—Estaba entrenando. —Mi hermano se encoge de hombros—. ¡Estaba *entrenando*! —repite con énfasis dirigiéndose a mamá—. ¡Dentro de poco tengo un torneo! ¡Siempre has dicho que debía tener una meta en la vida! ¡Pues ya la tengo!

—¡Jugar a Land of Conquerors no es una meta! Ay, Dios, ay, Dios... —Empieza a darse cabezazos contra el ordenador—. ¿Qué es lo que he hecho mal?

—Ah, Audrey —dice Ollie de repente, al verme—. Hola, ¿qué tal?

Yo me aparto de la ventana de mi cuarto, asustada. Mi ventana está en la esquina, casi escondida, y se suponía que nadie tenía que verme. Y menos aún Ollie, que estoy segura de que está un poco colado por mí aunque es dos años más pequeño y casi no me llega al pecho.

—¡Mira, si es la *celebrity*! —exclama Rob, su padre.

Lleva un mes llamándome «la *celebrity*», aunque mi madre y mi padre le han pedido, cada uno por separado, que deje de hacerlo. A él le parece muy divertido, y cree que mis padres no tienen sentido del humor. (He notado a menudo que la gente cree que «tener sentido del humor» equivale a «ser un cretino insensible».)

Pero me parece que esta vez mis padres ni siquiera han oído la desternillante bromita de Rob. Mamá sigue gimoteando: «¿Qué he hecho maaaaal?» y papá la mira con nerviosismo.

—¡No has hecho nada mal! —grita—. ¡Nada de nada! Tesoro, baja a tomar una copa. Deja el ordenador... por ahora —se apresura a añadir al ver su cara—. Luego puedes tirarlo por la ventana.

Mamá no se mueve ni un centímetro. El ordenador se balancea aún más sobre el poyete de la ventana y papá da un respingo.

—Cariño, solo estoy pensando en el coche... Acabamos de terminar de pagarlo... —Se acerca al vehículo y estira los brazos como si así fuera a impedir que le caiga encima un pedazo de hardware.

—¡Traed una manta! —chilla Ollie, reaccionando de repente—. ¡Hay que salvar el ordenador! Necesitamos una manta. Haremos un círculo...

Mamá ni siquiera parece oírle.

—¡Te di el pecho! —le chilla a Frank—. ¡Te leí los cuentos de Winnie-the-Pooh! Lo único que quería era tener un hijo equilibrado que se interesara por los libros, el arte, la naturaleza y los museos y quizá también un poco por los deportes de competición...

—¡Land of Conquerors es un deporte de competición! —grita Frank—. ¡Tú no sabes nada del juego! ¡Es una cosa muy seria! ¿Sabes que este año el primer premio de la competición internacional de Toronto es de seis millones de dólares?

—¡No paras de decírnoslo! —vocifera mamá—. Y vas a ganarlos tú, ¿no? ¿Vas a hacer una fortuna?

—Pues a lo mejor sí. —La mira con enfado—. Si *entreno* lo suficiente.

—¡Frank, despierta de una vez! —Su voz aguda y casi terrorífica retumba en la calle—. ¡Tú *no* vas a participar en la competición internacional de ese juego, *no* vas a ganar los dichosos seis millones de dólares del primer premio y *no* vas a ganarte la vida jugando a videojuegos. ¡ESO NO VA A PASAR!

Un mes antes

Todo empieza con el *Daily Mail*. En nuestra casa, un montón de cosas empiezan con el *Daily Mail*.

Mamá comienza a removerse como hace ella. Hemos cenado y recogido la mesa, está leyendo el periódico con una copa de vino («mi momento», lo llama ella) y se ha parado al llegar a un artículo. Veo el titular por encima de su hombro:

OCHO INDICIOS DE QUE SU HIJO ES ADICTO A LOS JUEGOS DE ORDENADOR

—Ay, Dios mío —la oigo murmurar—. Ay, *Dios* mío. —Desliza el dedo por la lista y cada vez respira más deprisa.

Al echar un vistazo, leo un encabezado:

7. Irritabilidad y mal humor

Ja. Ja, ja.

Es mi risa sarcástica, por si no lo habéis pillado.

¿En serio? ¿Mal humor? Bueno, James Dean también era un adolescente malhumorado en *Rebelde sin causa* (tengo el póster: el mejor póster de película de todos los tiempos, la mejor película de todos los tiempos, el actor más sexy de todos los tiempos... ¿Por qué, oh, por qué tuvo que morir?) ¿Significa

eso, entonces, que James Dean también era adicto a los videojuegos? Ay, espera.

Exacto.

Pero no tiene sentido decirle todo eso a mi madre, porque es un argumento lógico y mi madre no cree en la lógica: cree en los horóscopos y en el té verde. Ah, y en el *Daily Mail*, por supuesto.

OCHO INDICIOS DE QUE MI MADRE ES ADICTA AL *DAILY MAIL*

1. Lo lee a diario.
2. Se cree todo lo que dice.
3. Si intentas quitárselo de las manos, tira de él y dice «¡Suelta!» como si intentaras robarle a su bebé.
4. Cuando trae un artículo alarmista sobre la vitamina D, nos obliga a todos a quitarnos la camiseta y a «tomar el sol». (A congelarnos, más bien.)
5. Cuando trae un artículo alarmista sobre el melanoma, nos obliga a ponernos protector solar.
6. Cuando trae un artículo sobre «La única crema facial que de verdad FUNCIONA», la pide en ese mismo momento. Saca el iPad ipso facto.
7. Si en vacaciones no lo consigue, presenta síntomas inequívocos de síndrome de abstinencia. Eso sí que es irritabilidad y mal humor.
8. Una vez intentó dejarlo, en Cuaresma. Aguantó media mañana.

El caso es que no puedo hacer nada por remediar la trágica adicción de mi madre, excepto confiar en que no le haga demasiado daño. (A nuestro cuarto de estar ya se lo ha hecho, después de que leyera un artículo sobre decoración titulado «¿Por qué no pintar a mano todos tus muebles?»)

En ese momento Frank entra en la cocina con su camiseta negra (esa que pone SOY UN *MODDER*, LUEGO EXISTO), sus auricu-

lares puestos y su teléfono en la mano. Mamá baja el *Daily Mail* y se queda mirándolo como si de pronto se le hubiera caído la venda de los ojos.

(Nunca he entendido esa expresión. ¿Venda? ¿Qué venda? En fin, es igual.)

—Frank —dice—, ¿cuántas horas has pasado jugando en el ordenador esta semana?

—Define «jugar en el ordenador» —responde mi hermano sin apartar la mirada del teléfono.

—¿Qué? —Mamá me mira extrañada y yo me encojo de hombros—. Ya sabes, juegos de ordenador. ¿Cuántas horas? ¡FRANK! —grita al ver que no le hace caso—. ¿Cuántas horas? ¡Quítate esos chismes de las orejas!

—¿Qué? —Frank se quita los auriculares y la mira parpadeando como si no hubiera oído la pregunta—. ¿Es importante?

—¡Sí, es importante! —le suelta mamá—. Quiero que me digas cuántas horas pasas a la semana jugando en el ordenador. Ahora mismo. Haz la cuenta.

—No puedo —contesta él con calma.

—¿Que no puedes? ¿Cómo que *no puedes*?

—No sé a qué te refieres —replica Frank con ensayada paciencia—. ¿Te refieres a juegos de ordenador, literalmente? ¿O te refieres a todo tipo de juegos de pantalla, incluidos los de la Xbox y la PlayStation? ¿Y los teléfonos también? Acota la cuestión.

Frank es un cretino integral. ¿Es que no *ve* que mamá está a punto de estallar?

—¡Me refiero a cualquier cosa que te atrofie la inteligencia! —responde mamá blandiendo el *Daily Mail*—. ¿Te das cuenta del peligro que son esos juegos? ¿Te das cuenta de que tu cerebro no se está desarrollando como es debido? ¡Tu CEREBRO, Frank! Tu órgano máspreciado.

Frank suelta una risita guarra disimuladamente, y yo no puedo evitar reírme. La verdad es que Frank es muy gracioso.

—Voy a hacer como que no te he visto —afirma mamá, muy seria—. Eso solo demuestra que lo que digo es cierto.

—No, qué va —responde Frank, y abre la nevera. Saca un brik de leche con cacao y lo vacía bebiendo a morro, lo que es un asco.

—¡No hagas eso! —le espeto, furiosa.

—Hay otro brik, relájate.

—Voy a poner límite a tus horas de juego, jovencito. —Mamá blande el *Daily Mail* enfáticamente—. Ya estoy harta de esta situación.

Jovencito. O sea, que va a meter a papá en esto. Cada vez que nos llama «jovencito» o «jovencita», al día siguiente hay una odiosa reunión familiar en la que papá intenta respaldar todo lo que dice mamá, aunque no se entere ni de la mitad.

En todo caso, no es problema mío.



No es asunto mío, hasta que esa noche mamá entra en mi cuarto y pregunta:

—Audrey, ¿qué es Land of Conquerors?

Yo dejo de mirar mi revista y la observo un momento. Parece tensa. Tiene las mejillas sonrosadas y la mano derecha cerrada como si acabara de soltar el ratón del ordenador. Ha estado buscando en Google «adicción juegos de ordenador», estoy *segura*.

—Un juego.

—Ya sé que es un juego. —Parece exasperada—. Pero ¿por qué juega Frank a eso constantemente? *Tú* no te pasas el día jugando a eso, ¿no?

—No.

He jugado a LOC y la verdad es que no entiendo a qué viene tanta obsesión. Está bien, pero para una hora o dos.

—Entonces, ¿qué atractivo tiene?

—Pues, ya sabes. —Me quedo pensando unos segundos—. Es emocionante. Obtienes recompensas. Y los personajes son buenísimos. Los gráficos son alucinantes, y acaban de presentar un equipo nuevo de guerreros que tiene capacidades nuevas y... —Me encojo de hombros.

Mamá parece más perpleja que nunca. El problema es que no juega a los videojuegos, así que es imposible hacerle entender la diferencia entre LOC 3 y el comecocos de 1985, por ejemplo.

—En YouTube hay tutoriales —digo con una súbita inspiración—. La gente hace comentarios. Espera.

Mientras busco un vídeo en mi iPad, mamá se sienta y mira mi habitación. Intenta comportarse con naturalidad, pero noto que sus ojillos azules escudriñan mis montones de cosas buscando... ¿qué? Cualquier cosa. De todo. La verdad es que mamá y yo hace mucho tiempo que no nos comportamos con naturalidad. Todo lleva siempre alguna carga.

A pesar de todo lo que ha pasado, esa es una de las cosas más tristes. Que ya no podemos comportarnos con normalidad la una con la otra. Digo cualquier cosilla y mamá se pone histérica, aunque no se dé cuenta. Se le disparan todas las alarmas. ¿Qué ha querido decir? ¿Está bien? *¿Qué quiere decir de verdad?*

La veo mirar atentamente unos vaqueros viejos y rajados que hay encima de mi silla, como si guardaran algún arcano, cuando en realidad solo significan una cosa: que se me han quedado pequeños. He crecido casi ocho centímetros este último año, o sea que mido un metro setenta y dos. Bastante alta para tener catorce años. La gente dice que me parezco a mamá, pero no soy tan guapa como ella. Sus ojos son *tan* azules... Como diamantes azules. Los míos son muy sosos, aunque ahora no es que se vean mucho.

Para que podáis visualizarme, soy bastante flaca y más bien del montón, y llevo camiseta negra de tirantes y pantalones vaqueros ajustados. Y también gafas de sol oscuras, todo el tiempo, hasta cuando estoy en casa. Es... En fin, una cosa mía. Una manía, supongo. De ahí que el gracioso de Rob, nuestro vecino, me llame «la *celebrity*». Me vio salir del coche con las gafas puestas un día de lluvia y empezó:

—¿Y esas gafas? ¿Es que eres Angelina Jolie?

No es que intente hacerme la guay. Es por un motivo.

Y ahora querréis saber cuál, claro.

Supongo.

Bueno, la verdad es que es bastante íntimo. No sé si estoy preparada para contároslo aún. Podéis pensar que soy muy rara si queréis. Mucha gente lo piensa.

—Ya está.

Encuentro un vídeo de una batalla de LOC comentada por «Archy», un *youtuber* sueco. A Frank le encantan sus vídeos. Básicamente, consisten en que «Archy» juega a LOC y va haciendo comentarios chistosos sobre el juego. Como era de esperar, tardo una eternidad en explicárselo a mamá para que lo entienda.

—Pero ¿qué interés tiene ver jugar a otro? —pregunta, anonadada—. ¿De qué sirve? ¿No es una completa pérdida de tiempo?

—Pues no sé. —Me encojo de hombros—. Así es el LOC.

Se hace un silencio. Mamá mira la pantalla como una profesora decrepita tratando de descifrar un decrepito jeroglífico egipcio. De repente hay una explosión y pega un brinco.

—¿Por qué estas cosas siempre tienen que ser tan violentas? Si yo diseñara un videojuego, giraría en torno a las ideas. Política. Cuestiones diversas. ¡Sí! ¿Por qué no? —Noto que su cerebro se dispara, animado por una nueva idea—. ¿Qué tal un juego de ordenador titulado A debate? ¡Conservaría el elemento competitivo y al mismo tiempo se ganarían puntos debatiendo!

—He *ahí* el motivo por el que no somos supermillonarios —respondo yo como si hablara con una tercera persona.

Estoy buscando otro vídeo cuando Félix entra corriendo en la habitación.

—¡Candy Crush! —exclama alborozado en cuanto ve mi iPad, y mamá suelta un gemido de horror.

—¿Cómo es que conoce ese juego? —pregunta—. Apágalo. ¡No pienso tener otro adicto en la familia!

Uy. Puede que fuera yo quien enseñó a Félix el Candy Crush. Aunque de todos modos no tiene ni idea de jugar.

Cierro el iPad y Félix se queda mirándolo, abatido.

—¡Candy Crush! —gimotea—. ¡Quiero jugar a Candy Cruuuuuush!

—Está estropeado, Félix. —Finjo que toco el iPad—. ¿Lo ves? Se ha roto.

—Sí, se ha roto —afirma mamá.

Félix nos mira y mira el iPad. Se nota que su cerebro está funcionando a la máxima velocidad que permiten las neuronas de un niño de cuatro años.

—Tenemos que comprar un enchufe —sugiere, animado de pronto, y agarra el iPad—. Podemos comprar un enchufe y arreglarlo.

—La tienda de enchufes está cerrada —comenta mamá sin perder un instante—. Qué lástima. Mañana lo compramos. Pero ¿sabes qué? ¡Ahora vamos a comer una tostada con Nutella!

—¡Tostada con Nutella!

La cara de Félix empieza a irradiar rayos de felicidad. Cuando levanta los brazos, mamá le quita el iPad y me lo da. Cinco segundos después lo he escondido debajo de un cojín de la cama.

—¿Dónde está el Candy Crush?

Félix advierte de repente su desaparición y arruga la carita, dispuesto a lanzar un alarido.

—Vamos a llevarlo a la tienda de enchufes, ¿recuerdas? —responde mamá de inmediato.

—Eso, a la tienda de enchufes —añado yo—. Pero, oye, ¡vas a tomar tostadas con Nutella! ¿Cuántas te vas a comer?

Pobrecillo. Deja que mamá se lo lleve de la habitación, todavía un poco confuso. Manipulado al cien por cien. Es lo que pasa cuando tienes cuatro años. Ya le gustaría a mamá que con Frank también colara ese truco.

Así que mamá ya sabe lo que es Land of Conquerors. Y «el conocimiento es poder», según Kofi Annan, el ex secretario general de Naciones Unidas. Aunque, como dijo Leonardo da Vinci: «Allí donde hay gritos, no hay verdadero conocimiento», lo que muy bien puede aplicarse a nuestra familia. (Por favor, no penséis que yo soy superculata ni nada por el estilo. Es que mamá me compró un libro de citas el mes pasado y lo voy hojeando mientras veo la tele.)

El problema es que lo del «conocimiento es poder» no sirve en este caso, porque mamá tiene cero poder sobre Frank. Es sábado por la tarde y mi hermano no ha parado de jugar a LOC desde la hora de comer. Se encerró en el cuarto de juegos nada más acabar el postre. Luego llamaron a la puerta y yo me escabullí al salón, que es mi espacio privado.

Son ya casi las seis y, al entrar sigilosamente en la cocina en busca de unas Oreo, me he encontrado allí a mamá dando vueltas toda nerviosa. Suspira, mira el reloj y vuelve a suspirar.

—¡Están todos enganchados al ordenador! —estalla de pronto—. ¡Les he pedido que lo apaguen como veinticinco veces! ¿Por qué no lo hacen? ¡Solo hay que pulsar un botón! Encendido, apagado.

—Puede que estén en un nivel que... —comienzo a decir yo.

—¡Niveles! —me interrumpe mamá ferozmente—. ¡Estoy harta de oír hablar de niveles! Les doy un minuto más. Y se acabó.

Saco un paquetito de galletas y lo abro.

—¿Y con quién está Frank?

—Con un amigo del colegio. No lo había visto nunca. Linus, creo que se llama...

Linus. Me acuerdo de Linus. Salía en la función escolar de *Matar a un ruiseñor*. Era Atticus Finch. Frank hacía de populacho.

Frank va al Colegio Cardinal Nicholls, que está en la misma calle que el mío, el Colegio Stokeland para chicas, y a veces los dos centros se juntan para hacer obras de teatro, conciertos y esas cosas. Aunque, a decir verdad, el Stokeland ya no es mi colegio. No voy a clase desde febrero porque pasaron unas cosas. Nada del otro mundo.

En fin...

Pasando a otro tema, el caso es que después de aquello me puse enferma y ahora voy a cambiar de colegio y a repetir curso para no quedarme atrás con el temario. Mi nuevo colegio se llama Academia Heath y dicen que lo más sensato sería empezar en septiembre y no en el trimestre de verano, cuando sobre todo hay exámenes. Así que, hasta entonces, estoy en casa.

Eso no quiere decir que no haga *nada*. Me han mandado mogollón de sugerencias de lectura, libros de matemáticas y listas de vocabulario en francés. Todo el mundo coincide en que es vital que lleve al día mis deberes. «¡Así te sentirás mucho mejor, Audrey!», me dicen (pero es mentira). Así que a veces mando un trabajo de historia o algo así y ellos me lo devuelven con algunos comentarios en rojo. Es todo un poco aleatorio.

Total, lo que quiero decir es que Linus salía en esa obra y hacía genial de Atticus Finch. Era noble, heroico y todo el mundo le creía. En una escena tenía que disparar a un perro rabioso y, una noche, la pistola de atrezo no funcionó, y nadie del público se rio de él. Ni siquiera hubo murmullos. Así de bien lo hacía.

Una vez vino a casa antes de un ensayo. Estuvo solo cinco minutos, pero aun así me acuerdo de él.

Aunque la verdad es que eso es irrelevante.

Estoy a punto de recordarle a mamá que Linus hacía de Atticus Finch cuando me doy cuenta de que ha salido de la cocina. Unos segundos después la oigo gritar:

—¡Ya has jugado bastante, jovencito!

Jovencito.

Corro a la puerta y miro por la rendija. Frank sale al pasillo detrás de mamá, temblando de rabia.

—¡No habíamos llegado al final del *nivel*! ¡No puedes apagar el juego sin más! ¿Entiendes lo que acabas de hacer, mamá? ¿Sabes siquiera cómo funciona Land of Conquerors?

Parece realmente furioso. Se ha parado justo debajo de donde estoy. El pelo negro le cae encima de la frente pálida, agita los brazos flacuchos y sus manos grandes y huesudas gesticulan frenéticamente. Espero que algún día crezca lo suficiente para ponerse al nivel de sus manos y sus pies. No pueden seguir siendo tan ridículamente enormes, ¿no? En algún momento el resto de su cuerpo tendrá que alcanzarlos. Tiene quince años, así que todavía puede crecer casi medio metro. Papá mide un metro ochenta y dos, pero siempre dice que Frank acabará siendo más alto que él.

—No pasa nada —dice una voz que me suena. Es Linus, pero no puedo verlo por la rendija de la puerta—. Me voy a casa. Gracias por invitarme.

—¡No te vayas! —exclama mamá con su mejor tono de anfitriona encantadora—. Por favor, Linus, no te vayas a casa. No me refería a eso en absoluto.

—Pero si no podemos jugar... —Linus parece desconcertado.

—¿Quieres decir que la única forma de relacionaros que conocéis es jugar a los videojuegos? ¿Os dais cuenta de lo triste que es eso?

—Bueno, ¿y qué propones que hagamos? —pregunta Frank malhumorado.

—Creo que deberíais jugar al bádminton. Hace una tarde de verano preciosa, el jardín es una maravilla ¡y mirad lo que he encontrado!

Le enseña a Frank el viejo equipo de bádminton. La red está toda retorcida y veo que algún animalillo ha mordisqueado los volantes de las pelotas.

Me da la risa al ver la cara que pone Frank.

—Mamá... —Parece casi mudo de espanto—. ¿De dónde has sacado eso?

—¡O al cróquet! —añade ella jovialmente—. Es muy divertido.

Frank ni siquiera contesta. Parece tan horrorizado ante la idea de jugar al cróquet que hasta me da pena.

—O al escondite.

Se me escapa la risa y me tapo la boca con la mano. No puedo evitarlo. El escondite...

—¡O al Rummikub! —propone mamá, desesperada—. Antes te encantaba jugar al Rummikub.

—A mí me gusta —dice Linus, y noto una punzadita de simpatía por él.

Llegados a este punto podría haber pasado de Frank con todas las de la ley, haberse ido derecho a casa y haber escrito en Facebook que en casa de Frank hay muy mal rollo. Pero parece que quiere complacer a mamá. Da la impresión de ser una de esas personas que miran a su alrededor y piensan: «Bueno, ¿por qué *no* hacerle la vida más fácil a todo el mundo?» (Todo esto lo estoy deduciendo, como veis, de cuatro palabritas.)

—¿Quieres jugar al Rummikub? —Frank no parece creérselo.

—¿Por qué no? —contesta Linus tranquilamente, y un momento después se meten otra vez en el cuarto de juegos. (Cuando cumplí trece años, mamá y papá lo repintaron y lo bautizaron como «el Despacho de los Adolescentes», pero sigue siendo el cuarto de juegos.)

Un momento después mamá vuelve a la cocina y se sirve una copa de vino.

—¡Ya está! —dice—. Solo necesitan que les orienten un poco. Un poco de control paterno. Me he limitado a abrir sus mentes. No están *enganchados* a los ordenadores. Solo necesitan que alguien les recuerde que hay más cosas en el mundo.

No me lo dice a mí. Se lo dice al Juez Imaginario del *Daily Mail* que fiscaliza constantemente su vida y le pone nota de uno a diez.

—No creo que el Rummikub sea un buen juego para dos —afirmo yo—. Porque tardarás un siglo en librarte de tus fichas.

Noto que mamá le da vueltas a lo que acabo de decir. Seguro que se está imaginando lo mismo que yo: a Frank y a Linus sentados frente a frente con el Rummikub en la mesa, enfurruñados, detestando el juego y pensando que todos los juegos de mesa son una basura y dan asco.

—Tienes razón —admite por fin—. Creo que voy a ir a jugar con ellos. Así será más divertido.

No me pregunta si yo también quiero jugar, y se lo agradezco.

—Pues que os divirtáis —digo, y me llevo el paquete de Oreos.

Cruzo la cocina, entro en el salón y estoy zapeando en la tele cuando oigo la voz de mamá retumbando en toda la casa.

—¡NO ME REFERÍA A QUE JUGARAIS EN LÍNEA!

Nuestra casa es como un sistema climático: fluye y refluye, sube y baja. Tiene momentos de dicha de un azul radiante, días de gris abatimiento y tormentas eléctricas surgidas de la nada. Ahora mismo, la tormenta se dirige hacia mí. Rayo-trueno-rayo-trueno, Frank-mamá-Frank-mamá.

—¿Qué importa que sea en línea?

—¡Claro que importa, y mucho! ¡Te he dicho que se acabó jugar con el ordenador!

—¡Jolín, mamá, es el mismo juego!

—¡No, no lo es! ¡Te quiero lejos de esa pantalla! ¡Quiero que juegues con tu amigo! ¡EN LA VIDA REAL!

—Con dos jugadores no tiene gracia. Es como si estuviéramos jugando, yo qué sé, al maldito parchís.

—¡Ya lo sé! —replica mamá casi chillando—. ¡Por eso venía a jugar con vosotros!

—¡Vale, pero yo NO LO SABÍA, MALDITA SEA!

—¡Deja de decir palabrotas! Si dices una más, jovencito...

Jovencito.

Oigo el ruido que hace siempre Frank cuando está enfadado. Es una cosa a medio camino entre el bramido de un rinoceronte y un chillido de frustración.

—«Maldita sea» no es una palabrota —dice, respirando con fuerza como para refrenar su impaciencia.

—¡Sí que lo es!

—Lo dicen en las películas de Harry Potter, ¿vale? En Harry Potter. ¿Cómo va a ser una palabrota?

—¿Qué? —Mamá parece haberse perdido.

—Harry Potter. No tengo nada más que añadir.

—¿Adónde crees que vas, jovencito?

Jovencito. Y van tres. Pobre papá. Le va a caer una cuando llegue a casa...

—Hola.

La voz de Linus me pilla desprevenida y me vuelvo de un salto. De un salto, literalmente. Tengo los reflejos a flor de piel. Hipersensibilizados. Igual que el resto de mi ser.

Está en la puerta. La imagen de Atticus Finch me atraviesa el cerebro como un disparo. Un adolescente desgarbado, con el pelo castaño, los pómulos anchos, el pelo lacio y una de esas sonrisas que parecen un gajo de naranja. No es que tenga los dientes anaranjados, pero su boca tiene esa forma cuando sonríe. Cosa que está haciendo en este momento. Los otros amigos de Frank nunca sonríen.

Entra en el salón y yo cierro instintivamente los puños, de puro miedo. Debe de haberse escabullido mientras mamá y Frank estaban discutiendo. Pero en esta habitación nunca entra nadie. Es mi espacio. ¿Es que no se lo ha dicho Frank?

¿Es que no se lo ha *contado*?

Empiezo a respirar agitadamente, aterrorizada. Ya se me han saltado las lágrimas. Noto la garganta paralizada. Necesito escapar. Necesito... No puedo...

Aquí no entra nadie. *Nadie tiene permiso para entrar aquí.*

Oigo la voz de la doctora Sarah dentro de mi cabeza. Retazos de nuestras conversaciones.

Inspira mientras cuentas hasta cuatro, suelta el aire contando hasta siete.

Tu cuerpo cree que el peligro es real, Audrey. Pero no lo es.

—Hola —dice otra vez—. Soy Linus. Tú eres Audrey, ¿no?

El peligro no es real. Intento meter a la fuerza alguna palabra dentro de mi cabeza, pero el pánico las ahoga. Lo abarca todo. Es como un hongo nuclear.

—¿Siempre las llevas puestas? —Señala mis gafas de sol.

Mi pecho sube y baja a toda prisa por el terror. De algún modo consigo pasar a su lado.

—Perdona —digo con un hilillo de voz, y me escabullo por la cocina como un zorro perseguido.

Subo las escaleras. Entro en mi cuarto. Me meto en el rincón del fondo. Acurrucada detrás de la cortina. Respiro con la velocidad de un pistón y las lágrimas me corren por la cara. Necesito un Clonazepam, pero ahora mismo no puedo salir de detrás de la cortina para coger uno. Me agarro a la tela como si fuera mi única salvación.

—¿Audrey? —Mamá está en la puerta de la habitación—. ¿Cariño? —pregunta alarmada, con voz chillona—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, solo que... ya sabes. —Trago saliva—. Ha entrado ese chico y no me lo esperaba...

—No pasa nada. —Se acerca y me acaricia la cabeza—. No tiene importancia. Es perfectamente comprensible. ¿Quieres tomarte un...?

Mamá nunca dice en voz alta el nombre de la medicación.

—Sí.

—Voy a por uno.

Se va al cuarto de baño y oigo correr el agua. Y me siento estúpida, solo eso. Estúpida.



Así que ya lo sabéis.

Bueno, supongo que no, pero seguro que lo habréis adivinado. Para sacaros de dudas, he aquí el diagnóstico al completo: fobia social, trastorno de ansiedad generalizada y episodios depresivos.

Episodios. Como si la depresión fuera una serie con un puntazo en cada capítulo. O un disco duro cargado con pelis de suspense. Pero el único suspense de mi vida es cuándo saldré de esta mierda. Y os aseguro que es bastante monótono.

En mi siguiente sesión con la doctora Sarah le cuento lo de Linus y lo de mi ataque de ansiedad, y me escucha pensativamente. La doctora Sarah lo hace todo así: pensativamente. Escucha pensativamente, escribe pensativamente con una letra muy bonita y sinuosa, y hasta teclea en su ordenador pensativamente.

Se apellida McVeigh pero la llamamos doctora Sarah porque estuvieron sopesando la cuestión en una reunión al más alto nivel y decidieron que lo de llamar a los médicos por su nombre de pila transmitía confianza, mientras que llamarles «doctor» o «doctora» no solo les confería autoridad sino que además resultaba tranquilizador. Así pues, concluyeron que llamarles «doctor o doctora nombre de pila» era el alias perfecto para la unidad de psiquiatría infantil.

(Cuando me dijo lo del alias, pensé que iban a llamarlos a todos así: doctor o doctora nombre de pila. En serio, lo pensé unos diez minutos, hasta que me lo aclaró.)

La unidad de psiquiatría infantil está en un hospital privado muy grande que se llama Saint John's, y al que mis padres pueden ir porque tienen seguro gracias al trabajo de papá. (Lo primero que te preguntan cuando llegas no es «¿Cómo te encuentras?» sino «¿Tienes seguro?») Estuve ingresada allí un mes y medio, cuando mis padres se percataron de que me pasaba algo grave. El problema es que la depresión no tiene síntomas visibles como granos o fiebre, así que al principio no te das cuenta. Sigues diciéndole a la gente que estás bien cuando

en realidad no lo estás. Crees que *deberías* estarlo, y te dices continuamente a ti misma «¿Por qué no estoy bien?».

Total, que al final papá y mamá me llevaron al médico de cabecera, el médico me mandó al especialista y acabé en el hospital. Estaba bastante hecha polvo. La verdad es que, para ser sincera, no recuerdo muy bien esos primeros días. Ahora vengo a consulta cada dos semanas. Podría venir más a menudo si quisiera, siempre me lo dicen. También podría hacer magdalenas, pero las he hecho como cien millones de veces y la receta siempre es la misma.

Cuando acabo de contarle a la doctora Sarah que me escondí detrás de la cortina, se queda un rato mirando el cuestionario de respuesta múltiple que he rellenado al llegar. Las preguntas habituales.

¿*Te sientes fracasada?* Muchísimo.

¿*Alguna vez desearías no existir?* Muchísimas.

La doctora Sarah llama a esta hoja mis «síntomas». A veces me pregunto si no debería tumbarme sin más y decirle que lo veo todo de color de rosa. Pero lo curioso es que no lo hago. No puedo hacerle eso a la doctora Sarah. Estamos juntas en esto.

—¿Y cómo te sientes respecto a lo que ocurrió? —pregunta con esa voz amable y serena que tiene.

—Me siento estancada.

La palabra «estancada» me sale sin pensarlo. No sabía que me sentía estancada.

—¿Estancada?

—Llevo *un siglo* enferma.

—Un siglo no —dice con calma—. Te vi por primera vez... —Consulta su monitor—. El 6 de marzo. Seguramente ya llevabas un tiempo enferma aunque no te dieras cuenta. Pero la buena noticia es que has progresado mucho, Audrey. Vas mejorando cada día.

—¿*Mejorando?* —Intento conservar la calma—. Se supone que en septiembre empiezo a ir a un colegio nuevo. Y ni siquiera puedo hablar con la gente. Viene una persona nueva a casa y me

entra el pánico. ¿Cómo voy a ir a clase? ¿Cómo voy a hacer nada? ¿Y si me quedo así para siempre?

Una lágrima me resbala por la mejilla. ¿De dónde diablos ha salido? La doctora Sarah me alcanza un pañuelo de papel sin decir nada y me froto los ojos levantándome un momento las gafas de sol.

—En primer lugar, no vas a estar así para siempre —afirma—. Tu dolencia puede tratarse perfectamente. *Perfectamente*.

Me lo ha dicho como mil veces antes.

—Has hecho progresos notables desde que empezó el tratamiento —continúa—. Solo estamos en mayo. Tengo plena confianza en que estés lista para ir a clase en septiembre. Pero para eso es necesario...

—Lo sé. —Me rodeo el cuerpo con los brazos—. Perseverancia, paciencia y práctica.

—¿Te has quitado las gafas de sol esta semana? —pregunta.

—No mucho.

O sea que *nada en absoluto*, y ella lo sabe.

—¿Has mirado a los ojos a alguien?

No respondo. Se suponía que tenía que intentarlo. Con un miembro de mi familia. Solo unos segundos cada día.

Ni siquiera se lo he dicho a mamá. Habría montado un lío tremendo.

—¿Audrey?

—No —mascullo con la cabeza gacha.

Lo de mirar a los ojos es duro. Es lo más duro. Sólo de pensarlo me pongo enferma, se me encogen las entrañas.

Sé (lo sabe mi cabeza) que los ojos no dan miedo. No son más que glóbulos de gelatina pequeñitos e inofensivos. Una fracción minúscula de toda nuestra masa corporal. Y todos los tenemos. Así que, ¿por qué me angustian tanto? He tenido mucho tiempo para pensar en esto y, si queréis que os diga la verdad, creo que la mayoría de la gente infravalora los ojos. Para empezar, son muy potentes. Tienen alcance. Enfocas la mirada en una persona que está a treinta metros de distancia,

entre un montón de gente, y esa persona *se da cuenta* de que la estás mirando. ¿Qué otra parte de la anatomía humana puede hacer eso? Es prácticamente un poder paranormal, eso es lo que es.

Pero además es que son como torbellinos. Son infinitos. Miras a alguien directamente a los ojos y puede sorberte el alma en un nanosegundo. O por lo menos eso parece. Los ojos de los demás son insondables, y eso es lo que me asusta.

Se hace el silencio en la habitación un rato. La doctora Sarah no dice nada. Está pensando. Me gusta cuando piensa. Si pudiera acurrucarme dentro del cerebro de alguien, creo que sería en el suyo.

—Quiero proponerte una idea. —Levanta la mirada—. ¿Qué te parecería hacer una película?

—¿Qué? —La miro estupefacta.

No me esperaba esto. Me esperaba una hoja con un ejercicio impreso.

—Un documental. Lo único que necesitas es una cámara digital baratita. Quizá tus padres puedan conseguirte una, o podríamos buscarte una aquí, prestada.

—¿Y qué haría con ella?

Me hago la tonta a propósito y finjo desinterés porque en el fondo estoy emocionada. Es la primera vez que me hablan de hacer una película. ¿Significará algo? ¿Será como hacer magdalenas, pero algo distinto?

—Creo que puede ser un buen modo para que hagas la transición del punto en el que estás ahora a... —Hace una pausa—. Al punto en el que queremos que estés. Al principio puedes grabar solo como observadora. Como si fueras una mosca en la pared. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asiento con la cabeza, intentando disimular mi angustia creciente. Esto va demasiado deprisa.

—Luego, pasado un tiempo, me gustaría que empezaras a hacer entrevistas. ¿Crees que podrías mirar a los ojos a otras personas a través de una cámara?

Noto un fogonazo de terror cegador, pero procuro ignorarlo porque mi cerebro a menudo me envía mensajes que *no son ciertos y de los que no debo hacer caso*. Es lo primero que se aprende en Saint John's: que tu cerebro es idiota.

—No sé. —Trago saliva y noto que aprieto los puños—. A lo mejor.

—Estupendo. —La doctora Sarah me dedica su sonrisa angelical—. Sé que te parece muy difícil y que te asusta, Audrey. Pero creo que es un proyecto muy beneficioso para ti.

—Vale, mire, no entiendo...

Hago una pausa e intento controlarme. Que no se me agolpen las lágrimas de terror. Ni siquiera sé de qué tengo miedo. ¿De la cámara? ¿De una idea nueva? ¿De que me exijan algo que no me esperaba?

—¿Qué es lo que no entiendes?

—¿Qué tengo que filmar?

—Lo que sea. Cualquier cosa con la que te topes. Tú enfoca la cámara y graba. Tu casa, las personas que viven en ella... Pinta un retrato de tu familia.

—Ya. —No puedo remediarlo: suelto un bufido—. Lo llamaré *Mi serena y encantadora familia*.

—Si quieres. —Se ríe—. Estoy deseando verlo.

MI SERENA Y ENCANTADORA FAMILIA – TRANSCRIPCIÓN DEL DOCUMENTAL

INTERIOR. ROSEWOOD CLOSE N° 5. DÍA

La cámara recorre una cocina atestada de cosas.

AUDREY (VOZ EN OFF)

Bueno, bienvenidos a mi documental.
Esta es la cocina. Esta es la mesa de la
cocina. Frank es un cerdo: no ha reco-
gido su desayuno.

ENFOQUE: una mesa de pino arañada en la que hay un
bol de cereales usado, un plato lleno de migas y un bote
de Nutella del que sobresale una cucharilla.

AUDREY (V.E.O.)

Estos son los armarios de la cocina.

ENFOQUE: una serie de armarios de cocina de madera
pintados de gris. La cámara los recorre lentamente.

AUDREY (V.E.O.)

Esto es una estupidez. No sé qué se su-
pone que tengo que filmar. Esta es la
ventana.

ENFOQUE: una ventana que da al jardín, donde vemos
un viejo balancín y una barbacoa nuevecita, con las eti-
quetas todavía puestas. La cámara enfoca la barbacoa.

AUDREY (V.E.O.)

Ese es el regalo de cumpleaños de mi padre. Debería usarla de verdad.

La cámara enfoca la puerta temblorosamente.

AUDREY (V.E.O.)

Vale, creo que debería presentarme. Soy Audrey Turner y estoy grabando esto porque...

(pausa)

En fin... Mis padres me han comprado esta cámara. No paran de decir «¡A lo mejor te conviertes en directora de documentales!» Se pusieron como locos y se han gastado demasiado en la cámara. Yo les dije que me compraran la más barata, pero se empeñaron, así que...

La cámara se desplaza bruscamente hasta el pasillo y enfoca las escaleras.

AUDREY (V.E.O.)

Esas son las escaleras. Lo veis, ¿no? No sois idiotas.

(pausa)

Ni siquiera sé quiénes sois. ¿Quién está viendo esto? La doctora Sarah, supongo. Hola, doctora Sarah.

La cámara sube por las escaleras a trompicones.

AUDREY (V.E.O.)

Bueno, ahora vamos al piso de arriba. ¿Quién vive en ESTA casa?

La cámara enfoca un sujetador de encaje negro que alguien ha dejado encima de la barandilla.

AUDREY (V.E.O.)

Eso es de mi madre.

(un silencio)

En realidad, es posible que no quiera que lo veáis.

La cámara dobla una esquina y enfoca una puerta entreabierta.

AUDREY (V.E.O.)

Ese es el cuarto de Frank, pero no puedo ni acercarme debido al olor. Voy a activar el zoom.

La cámara enfoca una zona de suelo cubierta de deportivas, calcetines sucios, una toalla mojada, tres libros de Scott Pilgrim y una bolsa medio vacía de chucherías Haribo, todo amontonado.

AUDREY (V.E.O.)

Toda la habitación está así. Solo para que lo sepáis.

La cámara se desplaza por el descansillo de arriba.

AUDREY (V.E.O.)

Y esta es la habitación de mis padres...

La cámara enfoca una puerta medio abierta. Oímos una voz procedente del interior. Es MAMÁ, la madre de Audrey. Habla atropelladamente y en voz baja pero aun así la oímos.

MAMÁ (V.E.O.)

Estaba contándolo en el grupo de lectura y Caroline me ha preguntado si tenía novia. ¡Pues no, no la tiene! ¿Será ESE el problema? Si tuviera una novia, quizá saldría más en lugar de pasarse el día encorvado delante de la pantalla. A ver, ¿por qué NO tiene novia?

PAPÁ (V.E.O.)

No sé. ¡No me mires así! ¡No es culpa mía!

AUDREY (V.E.O.)

(en voz baja)

Esos son mis padres. Creo que están hablando de Frank.

MAMÁ (V.E.O.)

Pues he tenido una idea. Tenemos que prepararle una fiesta. Tenderle una trampa para que conozca chicas guapas.

PAPÁ (V.E.O.)

¿UNA FIESTA? ¿Lo dices en serio?

MAMÁ (V.E.O.)

¿Por qué no? Sería divertido. Antes le organizábamos unas fiestas estupendas.

PAPÁ (V.E.O.)

—Cuando tenía OCHO años. Anne, ¿tú sabes cómo son las fiestas de adolescentes? ¿Y si se dan de navajazos o practican el sexo en la cama elástica?

MAMÁ (V.E.O.)

¡Qué va! No lo harán, ¿verdad que no?
Ay, Dios...

La puerta se cierra ligeramente. La cámara se acerca para captar el sonido.

MAMÁ (V.E.O.)

Chris, ¿tú has hablado con Frank de padre a hijo?

PAPÁ (V.E.O.)

No. ¿Y tú? ¿Has hablado con él de madre a hijo?

MAMÁ (V.E.O.)

Le compré un libro. Tenía ilustraciones de... Ya sabes.

PAPÁ (V.E.O.)

(con interés)

¿Sí? ¿Qué clase de ilustraciones?

MAMÁ (V.E.O.)

Ya sabes.

PAPÁ (V.E.O.)

No, no sé.

MAMÁ (V.E.O.)

(con impaciencia)

Sí que lo sabes. Puedes imaginártelo.

PAPÁ (V.E.O.)

No quiero imaginármelo. Quiero que me las describas muy despacio, con acento francés.

MAMÁ (V.E.O.)

(medio riéndose, medio enfadada)

¡Para, Chris!

PAPÁ (V.E.O.)

¿Es que aquí solo puede divertirse Frank?

Se abre la puerta y sale papá. Es un hombre guapo de cuarenta y pocos años. Viste traje y sostiene una máscara de buceo. Se sobresalta al ver la cámara.

PAPÁ

¡Audrey! ¿Qué haces aquí?

AUDREY (V.E.O.)

Estoy grabando. Ya sabes, para mi proyecto.

PAPÁ

Ya. Sí, claro. ¡Cariño! (Llama en tono de advertencia.) Audrey está grabando...

Mamá aparece en la puerta, vestida con falda y sujetador. Se tapa la parte de arriba con las manos y suelta un gritito al ver la cámara.

PAPÁ

A eso me refería cuando he dicho que estaba grabando.

MAMÁ
(acalorada)

Ah, ya veo.

Descuelga una bata de la percha de la puerta y se envuelve con ella la parte de arriba.

MAMÁ
Bueno, muy bien, cariño. Va a ser una película estupenda. Pero quizá la próxima vez deberías avisarnos de que estás grabando.

(Mira a papá y carraspea.)
Solo estábamos hablando de... eh... de la crisis en... Oriente Medio.

PAPÁ
(Asiente con la cabeza.)
Eso es, Oriente Medio.

Miran los dos a la cámara sin saber qué hacer.